EL VELASQUISMO: ENSAYO DE INTERPRETACIÓN¹

INTRODUCCIÓN

El velasquismo constituye, a no dudarlo, el fenómeno político más inquietante del Ecuador contemporáneo. Baste recordar que Velasco ha logrado triunfar en cinco elecciones presidenciales y acaudillar un movimiento insurreccional (el de 1944), fascinando permanentemente a los sectores populares pero sin dejar de favorecer desde el gobierno a las clases dominadoras. Sorprende, además, su habilidad para apoyarse en los conservadores y buena parte del clero sin malquistarse con los liberales ni descartar en determinados momentos una alianza *de facto* con los socialistas y aun los comunistas.

Así, Velasco ha conseguido dominar el escenario político ecuatoriano por un lapso de cuarenta años: desde 1932, cuando apareció por primera vez como personaje público relevante en el Congreso, hasta 1972, año en que concluyó su quinta administración.

Por lo demás, ¿en qué casilla ideológica ubicar a este hombre que respondió lo siguiente a un periodista que le instó a definir-

¹ Extraído de Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Planeta-Lettraviva, 1997, pp. 123-150.

se políticamente?: “Yo me siento ligado a una misión divina del hombre en la vida, cual es la de cooperar para que toda la naturaleza y la humanidad salgan del caos a la organización y de las tinieblas a la luz”.²

CRISIS E *IMPASSE* POLÍTICO

Lo primero que llama la atención de quien investiga el período histórico inmediatamente anterior al apareamiento del velasquismo, es que en un lapso de apenas diez años se haya producido el fracaso de tres fórmulas de dominación en el país. En efecto, entre 1922 y 1925 se desmorona el mecanismo montado por la burguesía de Guayaquil (fórmula liberal); en 1931 cae, abatido por la crisis económica y por sus propias debilidades, el gobierno “juliano” pequeñoburgués (fórmula militar-reformista); en fin, en 1932 fracasa en el campo de batalla la “solución” de los terratenientes de la Sierra (fórmula conservadora).

Desembocamos con esto en una especie de “vacío de poder”, que durará largo tiempo y será el terreno abonado para que prospere el velasquismo. Pues, por una parte, la burguesía agroexportadora no podía retomar el poder político por la vía electoral, dada su impopularidad y el debilitamiento sufrido por efecto de las crisis económicas de los años veinte y treinta; ni con las armas, ya que el ejército se oponía abiertamente a la llamada dominación “plutocrática”. Por las razones que se analizarán más adelante, aun el fraude, sustituto caricaturesco de la democracia “representativa”, y que por sí solo era indicio de debilidad política de nuestra burguesía, se había vuelto inviable.

Por otra parte, los terratenientes serranos, que sí estaban en capacidad de triunfar en elecciones, movilizándolo a los sectores controlados ideológicamente por el clero, no podían acceder al gobierno sin la aquiescencia de una oficialidad que les era hostil y contando, como contaban, con la fuerte oposición de la burguesía de la Costa.

² Revista *Mañana*, Quito, No. 25.

En fin, y como ya se vio, en el momento en que surgió el velasquismo tampoco cabía que la clase media retomara *manu militari* el control del Estado, luego de que su fracaso de 1931 había puesto de manifiesto la imposibilidad de llevar adelante una política reformista en época de crisis.

Así que la paradoja de una situación que no había permitido la concentración de todos los elementos del poder social en una sola clase, sino que más bien los había distribuido entre varias, al conferir la hegemonía económica a la burguesía agromercantil, la hegemonía ideológica a los terratenientes de la Sierra y la facultad de “arbitrar” con las armas a una oficialidad muy ligada a la clase media, se convirtió en una encrucijada verdadera.

Esta crisis del poder es el primer elemento que debe tenerse presente para una explicación correcta del fenómeno velasquista, pero sin olvidar que ella toma cuerpo en el marco de la crisis económica de los años treinta. Dato importante si se recuerda que los triunfos más impresionantes de Velasco han coincidido con coyunturas similares: la apoteosis de 1944 ocurrió “cuando se hizo patente en el país el fenómeno de la inflación monetaria con su secuela de especulación, elevación del costo de la vida, depreciación de la moneda”, y el triunfo arrollador del caudillo en 1960 se produjo en un momento crítico para la “economía del banano”.

SITUACIÓN DE MASAS Y SUBPROLETARIADO

Sin embargo, ni la crisis económica ni la de hegemonía bastan, por sí solas, para explicar el nacimiento y desarrollo de una solución “populista” como la del velasquismo. Si ésta termina por imponerse es gracias a la conformación de un nuevo contexto social y político en las urbes ecuatorianas a partir de los años treinta (proceso ligado, claro está, a la crisis del sistema en su conjunto). Aquel contexto se caracteriza por lo que denominaremos “situación de masas”, sobre la cual disponemos ya de ciertos datos que conviene recapitular.

En 1931-1932 la Compactación Obrera Nacional se presenta como movimiento “democrático y de masas”, pese a su carácter eminentemente retrógrado.

El presidente Martínez Mera, durante el corto lapso de su gobierno (1932-1933), sufrió el hostigamiento constante del “populacho”, los “grupos de muchachos” y la “gente del hampa”, según el decir de los historiadores burgueses.

El velasquismo principia, como afirma su líder, “por el mercado de Guayaquil y por las modestas barras que se dignaban escucharme en la Cámara de Diputados”.³

En fin, Velasco triunfa en 1933 gracias a una campaña “dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República”.

Urge preguntar, entonces, qué significado puede tener esto de que la propia reacción se haya visto obligada a presentarse como movimiento democrático y de masas; el que un presidente del Ecuador haya sido forzado a abandonar su puesto por el hostigamiento popular y que un movimiento político haya nacido en los mercados y triunfado gracias a una campaña de las características señaladas.

Para nosotros, la respuesta es clara: la composición social de las urbes se alteró de tal suerte en esos años que se volvió obsoleta la tradicional política de elites, con los viejos partidos de notables, y fue necesario aceptar una forma política inédita que, sin atentar contra los intereses de la dominación en su conjunto, fuese adecuada al nuevo contexto. Era imprescindible tomar en consideración las reacciones eventuales de las masas, que en adelante ya no intervendrían, como antes, sólo en casos extremos de

³ Discurso del 27 de marzo de 1960. Salvo indicación contraria, los textos de los discursos o declaraciones de Velasco son tomados de las siguientes fuentes: a) para los años 1944-1945, *El 28 de mayo: balance de una revolución popular*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1946; b) para los años 1952-1956, *Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano*, tomos I y II, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1956; c) para 1960, Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, Guayaquil, Editorial Royal Print, 1960.

insurrección o motín, sino también en las “contendidas” cívicas convencionales. Por ello, el fraude tornóse riesgoso, como poco redituables las decisiones tomadas a nivel de pequeño club electoral. Había, pues, que tolerar cierto grado de participación popular en la política nacional.

¿De qué masas se trataba y cómo se habían desarrollado en los últimos años? Para responder a esta pregunta es necesario analizar, aunque sea en forma somera, los efectos de la crisis capitalista de los años treinta en algunos sectores de nuestra sociedad.

Empecemos por la suerte corrida por los campesinos. Los de la Sierra fueron los menos afectados, no sólo en la medida en que la agricultura de consumo doméstico sufrió menos que la de exportación, sino también porque el sistema de remuneración predominante en el callejón interandino, en recursos naturales o en especies, era menos sensible a las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, una parte de esos campesinos, de la provincia de Pichincha sobre todo, que era la de mayor desarrollo por encontrarse en ella la capital de la República, cayeron en la desocupación y tuvieron que emigrar a la ciudad de Quito. Lo cual ocurrió, sin duda, con los trabajadores ocasionales, quienes según una estimación de 1933 ascendían a 300.000 en el país.⁴

El campesino de la Costa, por su parte, sufrió rápidamente los efectos de la depresión, como se anota en un informe de 1932:

En la época de una más o menos normal y satisfactoria actividad de los negocios, los productores de cacao han acostumbrado pagar un jornal diario de 1,20 a 1,40 sucres, mientras que en la actualidad no sólo ha disminuido el número de peones ordinariamente empleados en dichas haciendas de cacao, sino que ha bajado también su jornal a un sucre por día.⁵

⁴ Cfr. Pío Jaramillo Alvarado, *Del agro ecuatoriano*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1936, p. 127.

⁵ Exposición de Luis Alberto Carbo, 1932, transcrita por el mismo autor, p. 526.

Mas resulta que ni esa desocupación ni la baja del nivel de vida originaron conflictos graves en el agro costeño, sino que motivaron el éxodo de campesinos a la ciudad de Guayaquil, por lo cual esta ciudad creció, entre 1929 y 1934, a un ritmo anual de 5,33%, nunca antes alcanzado. De 1909 a 1929, su población había crecido al 1,45% anual; y aun después, entre 1934 y 1946, por ejemplo, aumentó al ritmo de 2,5%. Elevadísima tasa, pues, la de aquel quinquenio clave, que mal podría explicarse por el solo crecimiento vegetativo, muy bajo en ese entonces.⁶

Ahora bien, el éxodo rural a las ciudades de Quito y Guayaquil (a esta última sobre todo), en un momento en que ninguna de dichas urbes se encontraba en condiciones de emplear esa mano de obra, equivalía a una transferencia de la desocupación del sector urbano. Es cierto que con ello se “descongestionaba” el agro, evitándose que el conflicto estallara allí; pero esta descongestión tuvo su precio: la creación de nuevas áreas de tensión en las ciudades por la conformación de un sector marginal urbano.

Por lo demás, este sector no se constituyó únicamente con dichos migrantes, sino también por el impacto de la depresión de los sectores populares urbanos que no gozaban de empleo estable, remuneración fija y un mínimo de garantías legales similares a las del proletariado. Los vendedores ambulantes, peones de obras, cargadores, estibadores y, en general, todos aquellos pequeños vendedores de bienes ocasionales que en nuestro país constituyen la mayoría de la población urbana pobre, o cayeron pura y llanamente en la desocupación o vieron reducidos sus ingresos y su campo de actividad de manera considerable.

En esta forma se constituyó, por efecto de la crisis capitalista de los años treinta y no por una crisis del “sector tradicional” como corrientemente se afirma, un grupo específico de comportamiento político, al que denominaremos “subproletariado”.

Al principio, éste fue controlado en Quito, políticamente, por aquellos que secularmente habían dominado a la población

⁶ Cfr. Tudor Engineering Company-Junta Nacional de Planificación, *Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos*, Guayaquil, Junta Nacional de Planificación, s.f.

andina. Los terratenientes y el clero organizaron, como se recordará, la Compactación Obrera Nacional. Pero tal control se les fue rápidamente de las manos, tan pronto como los subproletarios adquirieron comportamientos más acordes con su situación económica y social.

Si hubo razones para que estos “marginados” escaparan al control clerical-conservador, también las hubo para que no cayesen bajo la férula ideológica de la burguesía liberal. En suma, ninguno de los grupos dominantes logró imponer sus normas de comportamiento político al subproletariado porque la “marginalidad” de éste, que implicaba una desubicación con respecto a los roles económico-sociales básicos y previstos por el sistema, colocaba al subproletariado relativamente al margen, también, de los mecanismos de control social antes usados. El ex peón de hacienda, por ejemplo, convertido en “libre” vendedor de servicios ocasionales en la urbe, ya no podía ser dominado ideológicamente del mismo modo y con la misma facilidad que en su antigua situación.

Así que este sector social quedó políticamente “disponible” y en espera de un redentor. Inconformes con su nuevo destino; paupérrimos a la par que psicológicamente desamparados; tanto más insubmisos cuanto que en ellos ya no impactaban, con suficiente fuerza, los controles sociales tradicionales; pero incapaces, al mismo tiempo, de encontrar una salida revolucionaria, esos subproletarios no podían impulsar otra cosa que un populismo como el que Velasco inauguró y que, por supuesto, no ha sido el único en el Ecuador. La Concentración de Fuerzas Populares con base en los suburbios de Guayaquil, y otros movimientos de menor envergadura, responden a la misma situación y presentan infinidad de rasgos comunes con el velasquismo, aunque no hayan alcanzado como éste magnitud nacional.

Luego analizaremos la forma en que el caudillismo de Velasco “respondió” a las condiciones objetivas y subjetivas de este sector social. Antes de hacerlo, consignemos algunos datos más, que prueban la relación existente entre los “marginados” y el velasquismo.

En 1952, 1960 y 1968, Velasco ascendió al gobierno gracias a la abrumadora mayoría de votos obtenida en tres provincias: Guayas, Los Ríos y El Oro,⁷ que son justamente las que mayor número de migrantes han recibido en las últimas décadas (por ejemplo, en el período intercensal 1950-1962, absorbieron el 80% del total de las migraciones internas del país).⁸

Y el baluarte del velasquismo en Guayaquil han sido los barrios suburbanos, como puede comprobarse analizando a nivel parroquial los resultados de cualquiera de las elecciones en que ha intervenido Velasco. En las demás ciudades, el caudillo ha sentado también sus reales en las circunscripciones habitadas por gente en situación socioocupacional comparable a la de los pobladores de los suburbios del puerto. Aun en las áreas no urbanas de la Sierra la votación velasquista parece provenir de aquellos lugares donde las estructuras entran en crisis, permitiendo la formación de grupos sociales que escapan al poder tradicional, en las aldeas, anejos y otros tipos de pueblos. El informe del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) afirma, refiriéndose a estos últimos, que son ellos los que

[...] bajo una bandera populista, con su apoyo decisivo, han hecho posible que llegase al poder un político (uno de los poquísimos presidentes de origen serrano que no es ni ha sido terrateniente), varias veces presidente de la República, desafiando el esquema tradicional y el poder terrateniente.⁹

⁷ En 1952, Velasco obtuvo el 80% de los votos de Guayas y Los Ríos, y 65% de El Oro. En 1960, 68% de la votación de Los Ríos, 66% de El Oro y 58% de Guayas. En 1968 triunfó en las mismas tres provincias y en ninguna otra; pero la ventaja obtenida en ellas fue tan grande que le permitió ascender a la Presidencia una vez más.

⁸ Cfr. Osvaldo Hurtado, *Ecuador: dos mundos superpuestos*, Quito, Inedes, 1969, p. 137.

⁹ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, Washington, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, 1965, p. 478.

Poca duda cabe, entonces, de que la base social popular del velasquismo está constituida por todos aquellos grupos a los que el desarrollo del capitalismo dependiente convierte en “marginados”, sea arrancándolos de las posiciones antes estables del sector “tradicional”, sea desplazándolos periódicamente de las precarias ubicaciones “modernas” en que él mismo los había colocado.

LA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA EN LA “ERA VELASQUISTA”

Queda ahora la inquietud de saber por qué, una vez producida la crisis económica de los años treinta, rotos los mecanismos tradicionales de dominación política y creada una situación de masas en las urbes, ello no fue aprovechado por los partidos marxistas.

Al respecto, sólo podría admitirse como explicación parcial que se debió a errores cometidos por la dirección comunista o socialista (nos referimos, naturalmente, al ala marxista del socialismo, pues la otra no tenía más interés que el de promover el ascenso de la clase media) o a la incapacidad de adaptar el marxismo a la situación de nuestro país. Sobre lo primero, creemos que en efecto pudo haber habido errores; pero de allí a explicar la debilidad del movimiento marxista por esa sola causa, media un gran trecho. En cuanto a lo segundo, también pensamos que hay parte de verdad. Pero no estaría de más preguntarse si el proyecto revolucionario marxista es tan flexible como para adaptarse a una base popular predominantemente subproletaria, sin convertirse en populismo puro y simple.

En síntesis, más objetiva parece la hipótesis de que el desarrollo del marxismo en el Ecuador fue incipiente porque los sectores populares urbanos tuvieron, en el período que aquí se analiza, una composición netamente subproletaria; y el subproletariado es un grupo que, dada su ubicación económica y social, se presta mal para una politización en sentido revolucionario, salvo en situaciones en que el proletariado ya ha creado un contexto apropiado.

Sobre el predominio cuantitativo del subproletariado entre la población urbana, nada más elocuente que las cifras. En Guayaquil, que es la ciudad más industrializada del Ecuador, teníamos en una fecha reciente como 1962 la siguiente composición socioocupacional: profesionales y técnicos, 7,79% de la población económicamente activa; gerentes y administradores, 1%; oficinistas, 13,06%; vendedores, 20,57%; pescadores, 8%; agricultores y leñadores, 1,97%; madereros, canteros y afines, 0,16%; transportadores, choferes, ferroviarios, etc., 6,22%; artesanos, 3,79%; obreros y jornaleros, 9,67%; trabajadores domésticos, 18,09%; otros, 9,68%.

Ahora bien, la sola suma de “vendedores” y “trabajadores domésticos”, que en su mayoría son subproletarios, alcanza a cerca del 40% de la población económicamente activa; mientras los obreros y jornaleros ni siquiera representan el 10% (sin contar con que muchos de los “jornaleros” pertenecen de hecho al subproletariado por sus condiciones objetivas de trabajo y de vida).¹⁰

Sobre la base de datos como éstos, que demuestran la casi inexistencia de proletariado urbano en el Ecuador (en los años a los que nos venimos refiriendo, hay que insistir), cabe formular algunas preguntas: ¿será fácil convencer a un vendedor ambulante, por ejemplo, de las ventajas de socializar los medios de producción? ¿Hacer ver a un cargador los beneficios de una reforma agraria o de la estatización de las fábricas? ¿Qué consigna revolucionaria, válida para el caso concreto de todos y que no se aparte de la meta, lanzar en un medio como el subproletariado? ¿Cómo organizar, si no es en torno a la vecindad, a elementos cuyo trabajo —individual o en el mejor de los casos en pequeños grupos— los dispersa en lugar de concentrarlos? ¿Cómo evitar, si se los organiza en torno al único vínculo “visible”, que para ellos no sea más concreto el relleno de una calle o la construcción de una escuela o un dispensario médico, es decir, las medidas po-

¹⁰ Tudor Engineering Company-Junta Nacional de Planificación, *Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos*, op. cit., pp. 3-13.

pulistas, que el socialismo? ¿Cómo, en fin, lograr que perciban como concreto el problema estructural del país estos marginados cuyo quehacer diario se desarrolla, precisamente, en el polo marginal de la economía?

Si se acepta el criterio marxista de que para que prospere una conciencia revolucionaria no basta la “pobreza”, sino que es menester la concurrencia de otras condiciones sociales, se impone la conclusión de que era extremadamente difícil que en nuestro subproletariado se desarrollara tal conciencia, a no ser por el “empuje” de otra clase social.

Pero sucede que en el período que venimos analizando los agentes sociales de la revolución eran demasiado débiles para impulsarla. El principal de ellos, el proletariado, ha tenido un carácter incipiente desde todo punto de vista; y el campesinado, disperso, aislado de las ideologías modernas, heterogéneo incluso culturalmente, sometido a la peor opresión material y espiritual, no ha podido ir más allá de una actuación histórica jalonada de jornadas heroicas, pero sin real perspectiva revolucionaria.

En circunstancias tan desfavorables, el subproletariado ecuatoriano devino la base de un populismo caudillista, mesiánico y asistencialista, que a sus ojos se presentaba como símbolo de la “voluntad popular” y de desafío abierto a los proyectos más ortodoxos de dominación.

LAS CLASES DOMINANTES Y EL VELASQUISMO

En una visión histórica de conjunto, el velasquismo no puede aparecer sino como lo que objetivamente es: un elemento de conservación del orden burgués, altamente “funcional” por haber permitido al sistema absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas, manteniendo una fachada “democrática”, o por lo menos “civil”, con aparente consenso popular. Desde este punto de vista, que es el único válido, puede afirmarse que el velasquismo ha sido la solución más rentable para las clases dominantes. ¿Quién, por ejemplo, habría sido capaz de capitalizar y mistificar mejor que Velasco el

movimiento popular de 1944, que alcanzó dimensiones verdaderamente insurreccionales? ¿Cuál de los hombres o partidos habría conseguido, mejor que él, captar primero y disolver después el sentimiento antiimperialista y antioligárquico de 1960?

Sin embargo, el velasquismo se ha desarrollado en medio de una tensión constante con los principales grupos dominantes y los partidos políticos que más ortodoxamente los representan (conservador y liberal). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Ella se disipa teniendo en cuenta que la respuesta histórica concreta tendiente a la autoconservación del sistema nunca coincide de manera estricta con el proyecto particular de dominación de uno solo de los grupos hegemónicos (clase o fracción de clase). Por este hecho, el velasquismo adquiere complejidad y aparece como una fórmula no ortodoxa, casi bastarda de dominación, en la medida en que representa, por una parte, un compromiso entre los proyectos de dominio en competencia y, por otra, una adecuación del conjunto de ellos a las posibilidades objetivas de ejercerlo.

Es obvio, por ejemplo, que las clases dominantes hubieran preferido que no se creara en las urbes una situación de masas como la descrita, a fin de seguir aplicando fórmulas más cómodas de dominación política, a través de los partidos “clásicos” y el mecanismo del fraude. Pero, una vez que el proceso de urbanización se aceleró, sin que nada pudieran hacer esas clases para frenarlo, no les quedaba más remedio que adaptarse a la nueva situación dentro de la cual el caudillismo populista era el mal menor.

Resulta evidente, asimismo, que dichas clases han visto con alarma la elevación periódica de la temperatura política del país, inquietándose, incluso, por el “desfogue” psicológico que Velasco ha desatado en las masas portadoras de malestar social. Pero ya que tal malestar existía independientemente de la presencia de Velasco, la *mise à mort* simbólica de la oligarquía por parte del caudillo era preferible a una *mise à mort* real.

Igual cosa ha sucedido en lo que se refiere al gobierno y la administración del país. Los grupos dominantes no han dejado de

protestar por la falta de una política económica “clara” (entiéndase: desarrollista) de Velasco; mas cabe preguntar si esa misma ambigüedad no habrá sido políticamente rentable para ellos, en la medida en que también para el pueblo presentaba una faz ambigua capaz de alimentar ilusiones de transformación. Habida cuenta de que el desarrollismo, como todo proyecto de dominación, sólo es viable en determinadas condiciones económicas, sociales y políticas, que en el Ecuador no se han dado sino en contados momentos (durante la administración Plaza, o en la época del auge petrolero, por ejemplo), puede afirmarse que en realidad la burguesía no ha renunciado a él en favor de la política “intuitiva” de Velasco, sino que ha tenido que allanarse ante situaciones concretas, en las cuales aquel proyecto resultaba inaplicable.

En fin, es indiscutible que tanto la burguesía liberal como los terratenientes conservadores habrían preferido gobernar directamente, sin la mediación de un veleidoso caudillo. Pero a falta de un “consenso” para sus partidos y ante la dificultad de superar sus propias contradicciones, les era preferible permitir que gobernase un tercero, que presentaba ventajas tan evidentes como la de haber dado garantías contra las “hambrientas fauces de la demagogia (que pretenden) suprimir la propiedad particular, única creencia real de la burguesía del Ecuador”,¹¹ de haberse proclamado liberal al mismo tiempo que cristiano y de ser popular entre los sectores más pobres e insumisos de la población urbana. Serrano amado por el subproletariado de la Costa, Velasco hasta resultó una fórmula ideal para superar la oposición “regionalista”.

Por eso Velasco, a pesar de haber representado con acertada intuición y habilidad los intereses de la dominación en su conjunto, ha mantenido tensas relaciones con cada uno de los grupos hegemónicos en particular. Plenamente, el velasquismo sólo ha satisfecho las aspiraciones del sector especulador de la burguesía, es decir, de esa especie de *lumpen* que trafica con divisas,

¹¹ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, Quito, s.e., 1929, p. 292.

artículos de primera necesidad, etc., o saca tajada de los célebres negociados, al amparo, precisamente, del “caos” velasquista. Es este sector el que ha “financiado” las campañas electorales de Velasco Ibarra.

RELACIONES CON LAS CLASES MEDIAS

Las relaciones de Velasco con las clases medias también revisten cierta complejidad. De una parte, Velasco ha contado con el apoyo de algunos sectores de ellas, como es el caso de los choferes, cuya fidelidad al caudillo ha sido uno de los fenómenos más notables de las últimas décadas; y, en menor grado, de los pequeños y medianos comerciantes y artesanos, cuando estos últimos han logrado escapar al control tradicional de los terratenientes y el clero.

Poco interesados en la realización de cambios estructurales, aunque insatisfechos con la dominación oligárquica, estos trabajadores por cuenta propia¹² (*pequeña burguesía* propiamente dicha), han encontrado beneficiosa la política populista de construir escuelas, dispensarios médicos, carreteras, etc. Y, dada su extracción generalmente “mestiza”, han visto en el velasquismo una manera de desafiar simbólicamente a una sociedad aristocratizante en muchos aspectos, que antes los despreciaba en forma abierta. El caudillo les ha devuelto, como él diría, el sentido de su “dignidad humana”.

No hay sino que revisar los discursos de Velasco Ibarra para comprobar hasta qué nivel de demagogia ha llegado esta “curación por el espíritu”: “¡Vuestra profesión es tan sublime! ¡Cuántas veces he pensado si hubiera sido chofer! Por eso, porque vuestra profesión es tan sublime, tiene tanto de sublimidad, por eso vuestra alma es tan independiente y tan libre”,¹³ dirá a los

¹² Entre nuestros choferes predomina la situación y la mentalidad (la aspiración) de trabajador-propietario de vehículo.

¹³ Discurso del 19 de marzo de 1955. Palabras que no dejan de recordar estas otras, dirigidas al cuerpo de aviadores: “La aviación es lo más excelso de la especie humana. Es el hombre en busca de la aventura, es el ser que se desprende de la

choferes. Y hasta les inculcará un ideológico sentido de “grandeza”, alentando sus tendencias individualistas derivadas de la experiencia concreta de un trabajo que no se efectúa en equipo (“Ésa es la psicología del chofer: el hombre individual, el hombre solo, el hombre técnicamente solo, amigo del viento”, etc.); y sugiriéndoles insidiosamente que, por lo mismo, son muy superiores a la clase obrera: a “esos pobres hombres [que] no son personas, esos pobres hombres [que] a duras penas son un cuarto de ser individual, un décimo de ser individual...”.

A estos sectores, Velasco los ha redimido, pues, psicológicamente, del doble pecado original de ser trabajadores manuales y ser mestizos, lo cual ha servido de complemento de su integración técnica y económica en la sociedad “moderna”, en algunos casos (pensamos en los choferes, por ejemplo), o de sustituto funcional de ésta, en otros (el caso de los artesanos, por ejemplo).

En cambio, las relaciones de Velasco con la *clase media* propiamente dicha (intelectuales y tecnoburocracia) han sido sumamente tirantes. La misma coyuntura en que nació el velasquismo explica, siquiera parcialmente, este fenómeno; pues el caudillo se irguió sobre los escombros del reformismo “juliano”, inspirado por esa clase. De suerte que ésta ha tenido la impresión de que Velasco le había arrebatado el liderazgo político al que creía tener derecho, en el momento mismo en que el grupo empezaba a adquirir personalidad y peso político.

Por lo demás, el caudillo ha manifestado siempre y sin tapujos su desprecio por los intelectuales ecuatorianos:

Esclavos del último libro europeo, de la última revista, de la última mala traducción, nuestro anhelo es ostentar erudición, datos y cifras. Incapaces de crear nada, hemos sido ineptos para enseñar a los niños a reflexionar y a meditar poco a poco por cuenta propia.

vulgaridad de la tierra para comulgar con la pureza del cielo, y luego purificar la tierra, después de haber recibido la comunión de lo infinito”. Citado por el capitán John Maldonado en *Taura: lo que no se ha dicho*, Quito, El Conejo, 1988, p. 25.

Dice, por ejemplo, a los educadores; y a cierto periodista y escritor no vacila en recordarle que “no hace falta que un mestizo ecuatoriano escriba largos estudios sobre Cervantes, Lope de Vega y Hurtado de Mendoza, si pensadores españoles verdaderamente doctos y eruditos han profundizado doctamente estos temas”.¹⁴

Nuestra *intelligentsia* de clase media, que es la aludida con el término “mestizo”, ha sido tanto más sensible a este tipo de ataques cuanto que se trataba de un grupo poco seguro de sí, dada su reciente formación (intelectuales de extracción popular en su mayoría, promovidos a raíz de la revolución liberal). Y como ya se habían “redimido” de su condición de “mestizos” gracias al trabajo intelectual y a la ideología del mestizaje como “esencia” de nuestra cultura, Velasco ni siquiera les fue útil en el sentido en que lo fue para el grupo antes analizado. Al contrario, les resultó perjudicial en la medida en que el populismo velasquista ensanchaba la brecha entre las “ideologías de los doctores” y la idiosincrasia popular.

Tampoco es difícil descubrir, en los textos transcritos arriba, el menosprecio del letrado tradicional que es Velasco, por el intelectual mestizo recién promovido. Las mismas frases del caudillo en el sentido de que “el indio del campo no hace males. Alimenta al país con su trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros”, etc.,¹⁵ no atestiguan su desprecio al pueblo, como han dicho sus contrincantes, sino su aversión, ella sí evidente, a la nueva clase intelectual del país. Aversión acentuada en la medida en que con defectos y todo, ese grupo ha intentado por lo menos pensar por sí mismo y afirmar su independencia, cosa inadmisibles para un caudillo que jamás ha admirado en los demás otra virtud que la fidelidad para con él.

De otra parte, es necesario recalcar que, para la tecnoburocacia, el “caos” velasquista ha constituido una constante pesadilla.

¹⁴ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, Quito, Editorial Moderna, pp. 39 y 133.

¹⁵ *Ibid.*, p. 156.

La remoción periódica e indiscriminada de empleados públicos,¹⁶ los caprichos imprevisibles que determinan las sanciones y los ascensos, la poca confianza del caudillo en la burocracia y en los “consejos” técnicos, han mantenido en permanente zozobra a este sector.

Por ello, en la medida en que la tecnoburocracia ha mejorado su situación (a raíz del *boom* del banano sobre todo), su antivelasquismo no ha hecho más que aumentar. Anhelosa de alcanzar un estatus de seguridad, en el año 1960 prefirió sin duda la alternativa desarrollista propuesta por Galo Plaza; en 1963 le pareció más “sensato” un gobierno militar tecnocrático que el populismo equívoco del caudillo. Y en 1968, cuando los empleados públicos agrupados en federación estaban decididos a pasar de la tradicional actitud individualista-clientelista a una conducta clara de grupo organizado, el choque con Velasco se produjo de manera abierta.

Ello no obstante, el velasquismo ha sido útil para los desempleados de clase media, aspirantes a incrustarse en la burocracia por la vía del oportunismo. Gracias a sus célebres “barridas” de empleados, Velasco ha permitido a estos clientes incorporarse a la administración pública, creando así un mecanismo de curiosa “alternabilidad” burocrática que, a fin de cuentas, bien puede haber sido otro elemento de equilibrio, aunque sea precario, del sistema.

Todo ocurre, pues, como si en este nivel también el velasquismo funcionase como movimiento político de los “marginados”.

RELACIONES CON LAS ORGANIZACIONES DE IZQUIERDA

En cuanto a las relaciones políticas del caudillo con la izquierda cabe recalcar que, en teoría y como es obvio, tanto los comunistas como los socialistas y marxistas en general se han manifestado

¹⁶ Jaime Chávez Granja afirma que en 1960 “Se dio el caso del Ministerio del Tesoro en el que se impusieron más de dos mil cambios de empleados para satisfacer las frenéticas exigencias de los velasquistas”. En “Las experiencias políticas en los últimos diez años”, en *El Comercio*, Quito, 1 de enero de 1970.

siempre antivelasquistas y han combatido doctrinariamente al líder populista. Pero en la práctica, más de una vez lo han apoyado directa o indirectamente.

Esta flexibilidad se explicaría, naturalmente, por razones tácticas; mas lo curioso está en que también por este lado Velasco ha sacado ventaja casi permanente de su condición de mal menor. Así lo han considerado algunos sectores de izquierda, frente a alternativas de extrema derecha, como la de Camilo Ponce en 1968, o la prepotencia de la burguesía liberal, caso más frecuente aún (1940, 1944 y 1960).

De otra parte, es comprensible que un hombre de tanta popularidad haya tentado siempre a los partidos y grupos de izquierda. Entonces, o bien se ha justificado una alianza de hecho aduciendo razones como la de que ella no es con el líder sino con sus bases, bien arguyendo la posibilidad de “infiltración” o, simplemente, para no perder contacto con el pueblo. Lo cual ha sido, por supuesto, ilusión, la que ha aprovechado el caudillo para debilitar más aún a la izquierda.

Algunos sectores revolucionarios no han dejado de alimentar la esperanza de que el “caos” velasquista agravara las contradicciones del sistema y creara así una coyuntura favorable a la revolución; y ha existido la convicción de que Velasco, con su demagogia, contribuye a elevar la efervescencia social, o que su falta de planes coherentes de gobierno es preferible al desarrollismo y al reformismo. En fin, no han faltado sectores de izquierda que, proyectando sus anhelos sobre la ambigüedad ideológica de este político dispuesto, según él, a acoger “los enunciados aceptables del comunismo”, han creído que con Velasco se puede avanzar, al menos, por el camino del reformismo y el nacionalismo.

Actitudes muchas veces contradictorias entre sí, que no hacen más que revelar la desorientación y diversidad de posiciones concretas dentro de la izquierda ecuatoriana.

LAS CAÍDAS DEL CAUDILLO

El hecho de que Velasco-candidato y Velasco-gobernante se mueven en órbitas distintas da cuenta del fenómeno aparentemente

insólito de que el ídolo de las multitudes haya sido derrocado tantas veces, con relativa facilidad y sin que nada hicieran sus partidarios para defenderlo.

Además, su misma ambigüedad doctrinaria y programática, tan útil durante el período electoral ya que permite aglutinar a los elementos más heterogéneos en torno de un ideal abstracto en el que cada uno proyecta sus esperanzas e intereses, se vuelve contra el caudillo cuando está gobernando.

Para comenzar, la base propiamente popular se desintegra después del “triumfo” por falta de organización y metas concretas del subproletariado. El mismo Velasco escribió, después de su primera caída: “Ningún presidente se mantiene si, fuera de los elementos burocráticos, no está apoyado por algún grupo social coherente, conocedor del ideal y del sendero”.¹⁷

En segundo lugar, el oportunismo no tarda en aparecer, sobre todo en los sectores medios que lo han apoyado. Aun refiriéndose a las bases aldeanas de Velasco, el informe del CIDA, ya citado, hace notar con razón que, “en buena parte, al basar su apoyo en este tipo de sectores (que poseen una actitud evidentemente oportunista, poco clara y con una visión sólo inmediata de sus perspectivas), sus mismas posibilidades de mantenerse en el poder se han visto amargadas”.¹⁸

Por fin, llega una fase en que Velasco queda enfrentado ya no a “su” pueblo, sino a los grupos organizados de la sociedad.

La primera parte de sus administraciones ha sido siempre, por eso, un momento incoloro, pero de gran expectación. Todos le solicitan definirse y ejercen presión para llevar el agua a su molino. Al principio el caudillo resiste, tratando de mantenerse “por encima de los intereses particulares, clasistas o partidistas”. Busca la “unidad de todos los ecuatorianos” y procura mantener, verbalmente, una línea política suficientemente equívoca como para que ni las oligarquías se alarmen ni el pueblo se desilusione.

¹⁷ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 192.

¹⁸ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, op. cit., p. 487.

Pero nadie queda satisfecho con esto. Las presiones aumentan y la situación empieza a deteriorarse en todos los órdenes cuando, cansados de las palabras, algunos grupos organizados, como los sindicatos, toman actitudes de hecho, y los sectores hegemónicos, exasperados por lo que consideran indecisiones y veleidades del caudillo, le lanzan el ultimátum.

Velasco tiene entonces que descender del Olimpo y decidirse por uno de los contendores. Termina por pactar abiertamente, sea con los conservadores, sea con los liberales (en todo caso con algún sector hegemónico, pues Velasco nada tiene de revolucionario), o por apoyarse en el ejército y hasta tentar un golpe de Estado. Sólo que al hacerlo, lanza a la oposición no únicamente a los sectores organizados del pueblo, sino también a las fracciones de la clase dominante que no han entrado en el “pacto”.

La oposición de izquierda se hace presente a través de manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras, y la tensión aumenta. La clase o fracción de clase con que el caudillo ha pactado evalúa entonces la situación: si Velasco, que ha sido aceptado como instrumento de manipulación del pueblo, pierde ese papel y se convierte más bien en el elemento “perturbador”, lo echan del poder y la clase dominante en su conjunto busca la solución más “cuerda”.

En cuanto al subproletariado —con el que el caudillo ha perdido entretanto contacto—, lo abandona con tanta mayor facilidad cuanto que el eco mesiánico del discurso velasquista de la fase electoral se ha diluido ya. Solo y desamparado, el “apóstol” de las multitudes tiene que resignarse a partir.

LOS “PLANES” DE GOBIERNO

Los intelectuales ecuatorianos han reprochado a Velasco su desconocimiento de las cuestiones económicas y hasta su menosprecio por ellas, en el aspecto técnico; y a partir de cierto momento las clases altas y medias lo han acusado de carecer de planes de gobierno, acusación fundada si lo que se reclama es un plan económico y social aparentemente coherente, en el sentido desarrollista del término.

Por su parte, el caudillo ha expresado abiertamente su desinterés por este tipo de planes, a los que ha opuesto su concepción *asistencialista* del gobierno:

Ir por calles y plazas y campos buscando dónde hay dolores que restañar, casas que construir, puentes que levantar, abismos que cerrar, viviendas, amigos, servicios de asistencia social en todas las escuelas, médicos y libros en todo establecimiento agrario... eso es la conciencia nacional que todos debemos tener.¹⁹

Asimismo, ha llamado la atención que Velasco, en sus últimas campañas, ni siquiera mentara el tema tan en boga de las llamadas “reformas estructurales”.

A pesar de todo esto, el pueblo no ha visto pecado en ello y lo ha elegido en cinco ocasiones. En tal hecho, que a muchos llena de asombro y a no pocos de indignación, nosotros no hallamos misterio alguno. Por el contrario, encontramos estricta correspondencia entre la concepción meramente asistencialista de gobierno que posee Velasco y las aspiraciones *inmediatas* de su base social. En efecto, qué puede ser más atractivo y palpable para el subproletariado que lo sigue: ¿una concepción global y armónica del Desarrollo Económico, con mayúsculas, o la promesa de construir obras y ampliar servicios tales como la vivienda, la educación o la atención médica?

Es comprensible que para las poblaciones “marginales” que viven en la más absoluta miseria y abandono, la posibilidad de encontrar trabajo en las obras por construirse o de contar con ciertos servicios haya sido más tangible que un abstracto plan desarrollista que, por lo demás, implica una visión a por lo menos mediano plazo, que no poseen esos grupos sumidos en una situación de inmediatez. Y, como lo insinuáramos ya, ¿qué puede significar la promesa —aun la verdadera— de cambios estructurales para esos subproletarios cuya experiencia social concreta se realiza precisamente en la periferia de las situaciones estructurales básicas del sistema?

¹⁹ Discurso del 27 de marzo de 1960.

En cuanto a la aversión del caudillo por la técnica, ello corresponde, claro está, a su mentalidad de letrado tradicional. Pero lo que importa recalcar es que tal actitud ha encajado con la de las bases subproletarias, cuya actividad cotidiana está regida por la lógica del *bricolage*, antes que por las normas del trabajo técnico. Además, dichos sectores populares parecen haber intuido, no sin fundamento, que una “racionalización” capitalista de la sociedad ecuatoriana se haría necesariamente a sus expensas.

RURALIDAD Y CAUDILLISMO

Muchos de los aspectos aparentemente originales del velasquismo pueden explicarse teniendo en cuenta el origen rural o semirural de sus bases. Para comenzar, el propio fenómeno del *caudillismo* tiene, a nuestro juicio, raíces en ello.

Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabía esperar que nuestros “marginados” se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento sociopolítico (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menores eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo.

Además, la propia ubicación socioeconómica del subproletariado, cuya experiencia cotidiana apenas sobrepasa el marco de las relaciones esencialmente primarias (vecindad, paisanaje, familia), parece haberse proyectado al terreno político en forma de caudillismo.

LA AMALGAMA IDEOLÓGICA

Repetidas veces, los intelectuales y políticos ecuatorianos han manifestado su asombro por el “caos” ideológico de Velasco

Ibarra, quien, ya en 1929, escribió que “en las entrañas de la sociedad guardadas están tendencias de las más diversas índoles” y que “entre esas tendencias no hay en el fondo contradicción”,²⁰ y pocos meses antes de ascender por primera vez a la presidencia ratificó que su “ideología es definida: liberal-individualista”, pero que “si el socialismo tiene cuestiones aceptables, benéficas, hay que tomarlas de allí. Si el conservadurismo posee algo que sea conveniente, no debe rechazarse. Ni excluirse tampoco las enunciaciones aceptables del comunismo”.²¹

Fiel a estos propósitos, Velasco no ha tenido reparos en seguir proclamándose liberal a la par que católico, y hasta en poner de relieve su admiración por el socialismo: “He aquí, señores, lo que es el velasquismo: una doctrina liberal, una doctrina cristiana, una doctrina del socialismo”, ratificó en su discurso del 23 de noviembre de 1960. Ahora bien, lo asombroso no es que la mente individual de Velasco haya llegado a fabricar tal amalgama, sino el hecho social, él sí inquietante, de que esa mixtura ideológica haya tenido tanto éxito.

Para comprender cómo pudo ocurrir este fenómeno es necesario partir de una constatación fundamental: la de que América Latina, y en este caso particular el Ecuador, es una sociedad dependiente, cuya superestructura ideológica se caracteriza, por una parte, por su origen “exótico” (en el sentido de que no ha nacido enteramente en la formación histórico-social latinoamericana) y, por otra parte, por la tensión permanente que supone la necesidad de adaptación de esos elementos ideológicos a la realidad particular de América Latina. Ello determina, en primer término, un relajamiento de la cohesión interna de las ideologías teóricas (o una redefinición, a veces total, de los elementos de las ideologías prácticas), así como la pérdida de muchas de las implicaciones o connotaciones que originariamente tuvieron en la formación social que las produjo. Examinemos algunos ejemplos.

²⁰ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, op. cit., p. 1.

²¹ *El Comercio*, Quito, 3 de noviembre de 1933.

Arturo UsLAR Pietri habla del carácter “aluvial” de la literatura hispanoamericana, en el sentido de que cada corriente se superpone a la anterior sin cancelarla:

En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse. Lo clásico con lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo racional con lo mágico, lo tradicional con lo exótico. Su curso es como el de un río, que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias. El aluvial.²²

Por su parte, Walter Palm advierte un fenómeno semejante en nuestra arquitectura, al decir que “se habrá ganado mucho para el entendimiento de la historia del arte colonial hispánico cuando se llegue a aunar el concepto de la sucesión de estilos históricos con el de su coexistencia”.²³ Y, en el terreno de la filosofía, Augusto Salazar Brondy constata que “no es insólito encontrar los mismos filósofos europeos acogidos como mentores doctrinarios a la vez por escritores liberales y conservadores”, y cita el caso aberrante del bergsonismo, “que no sólo es acogido y exaltado por los sectores conservadores sino también por los liberales e incluso por los marxistas”.²⁴

¿Qué significa todo esto? Que, en suma, los “trasplantes” literarios, artísticos y filosóficos a América Latina se realizan en condiciones tales que hasta pierden el carácter negativo o exclusivo de algo, que tuvieron en su lugar de origen.

Una cosa similar sucede con las doctrinas políticas. Carentes de arraigo histórico suficiente en la sociedad concreta en que tienen que funcionar, devienen entidades equívocas, con reso-

²² Arturo UsLAR Pietri, *Las nubes*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, pp. 70-71. No aceptamos, por supuesto, las conclusiones que él extrae de esta constatación.

²³ Citado por Fernando Chueca Goitia, “Invariantes en la arquitectura hispanoamericana”, en *Revista de Occidente*, mayo de 1966, p. 259.

²⁴ Augusto Salazar Brondy, *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 19 y 22.

nancias existenciales sumamente vagas. Debilitadas en su rigor teórico, sin embargo, adquieren una impronta a veces importante en la población local.

Según el mayor o menor tiempo de afincamiento, llegan a introducir en el subconsciente colectivo ciertos modos de percepción de la realidad (el caso del catolicismo); a simbolizar determinadas aspiraciones (el ejemplo del liberalismo), o a despertar penosamente tendencias latentes (el caso de las doctrinas socialistas).

Velasco parece haber comprendido o al menos intuido estas evidencias y combinado sabiamente (en función de la dominación) los elementos ideológicos acumulados en nuestra sociedad. Del catolicismo ha tomado los modelos de percepción y los símbolos, que han devenido, respectivamente, la matriz ideológica y el repertorio semántico fundamental de su mensaje político; del liberalismo ha retenido una abstracta aspiración a la libertad y, del socialismo, un no menos abstracto anhelo de justicia social (del socialismo no científico, claro está). Reduciéndolos a principios equívocos, a sentimientos meramente formales, no ha tenido dificultad en volverlos compatibles. Después de todo, ¿por qué habrían de excluirse necesariamente un catolicismo definido como “bálsamo para los dolores e inextinguible luz en las tinieblas del humano destino”; un liberalismo que “se reduce” (sic) a “respetar la conciencia del hombre y su personalidad”, y un socialismo que no sería otra cosa que “un sentimiento de amor, de generosidad, de desprendimiento”, según Velasco Ibarra?²⁵

Si los mismos literatos, artistas y filósofos de América Latina, o sea, sus “élites” intelectuales, no han tenido reparos en amalgamar las corrientes y estilos más diversos, ¿con qué derecho reprochar al subproletariado ecuatoriano, que por primera vez intervenía en las contiendas “cívicas” organizadas por la burguesía, el que no haya encontrado contradicción en este sincretismo político elaborado con “lo mejor” y “más puro” de cada doctrina?

²⁵ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., pp. 48 y 65.

EL ENFOQUE RELIGIOSO DE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS

Suficientemente perspicaz para advertir que le tocaba actuar en un momento histórico en que el poder *institucional* de la Iglesia se debilitaba, Velasco no intentó, como los políticos del Partido Conservador, apoyarse en ese poder “temporal”, es decir, en el clero. Al contrario, se pronunció desde los comienzos de su carrera contra la intervención de éste en los asuntos del Estado.²⁶ Pero fue, asimismo, bastante sagaz para comprender que el secular proceso de colonización católico había dejado huellas ideológicas indelebles en nuestra población y que a ese nivel convenía actuar. Toda su astucia consistió, pues, en no recurrir al clérigo con hábitos, que poca autoridad ejercía ya sobre la población “marginal”, sobre todo de la Costa, sino más bien al clérigo invisible que subsistía en el “fuero interno” de este sector social.

Examínense con detenimiento los discursos de Velasco y se constatará que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos sociopolíticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral. Aparte de sus múltiples afirmaciones en el sentido de que el problema del Ecuador es moral (cosa que no ha dejado de repetir durante cuarenta años de actividad política), su “doctrina” consiste en enfocar la problemática del país como resultado del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal”. En 1929, invitó ya a los ecuatorianos a “consagrarse a la lucha contra el mal”;²⁷ en 1969, encontramos que no ha modificado un ápice de su visión:

Los filósofos persas explicaban la trágica agitación humana entre abismos lóbregos y alturas luminosas por la lucha entre el Mal, sustantivamente personificado, y el Bien, asimismo sustantivamente personificado. La batalla debía decidirse a favor del Bien gracias a la cooperación de los hombres. Tal vez esta versión metafísico-poética, como todo lo que es poesía, contenga muy grande verdad.²⁸

²⁶ *Ibid.*, pp. 25 y ss.

²⁷ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, op. cit., p. 287.

²⁸ Mensaje al Congreso Nacional, 10 de agosto de 1969.

Que una visión como ésta, claramente religiosa, haya podido trasladarse al terreno político y ser acogida y aplaudida hasta el delirio por amplios sectores de la población, sólo se explica por el hecho de que éstos se encontraban fuertemente impregnados por los modelos católicos de percepción de la realidad, que han servido, incluso, para redefinir los “principios liberales y socialistas” incorporados a la amalgama velasquista.

Aun esa tendencia al rescate mítico-ritual que se observa claramente en la conducta del subproletariado ecuatoriano, sólo es comprensible a partir del ceremonial cristiano y su simbología.

Pensemos, por un momento, en lo que tales símbolos pueden representar para nuestros campesinos. En la “tierra” y el “cielo”, por ejemplo, como verdad y espejismo. Y que, entre los dos, la práctica religiosa se ofrece como mediadora. Es ella la que colma el vacío de la tierra arrebatada con la ilusión de una Tierra Prometida; la que diluye la imagen del amo rubicundo en la ascética figura del hombre-dios sufrido; la que, trastocando símbolos, articula míticamente el amor, el látigo y la sangre, en una especie de cruel, confusa poesía. Es ella la que convierte al blanco martirizador, en la ceremonia momentánea, en objeto de martirio; la que por medio del ritual salva la distancia entre la realidad y su ideología; la que de la palabra hace brotar el Verbo, encarnación del carisma. De este modo, el poder terrenal se justifica. Nace de la pasión, del sacrificio de los oprimidos. Gracias a una serie de mediaciones míticas, el sistema se rescata, se bautiza cada día.

Ésta es la escuela real y suprarreal en que han sido ideologizados los dominados del país durante tantos siglos. ¿Qué de raro, entonces, que ese modelo de “liberación” los haya guiado en sus primeros pines políticos, como subproletarios, y que en el mismo momento en que parecían desligados del sacerdote con hábitos haya reflatado en ellos el clérigo interiorizado?

Incapacitados para transformar la realidad, nuestros “marginados” se limitaron, pues, a exorcizarla con ceremonias y ritos religioso-políticos. Y eligieron como sumo sacerdote a un caudillo que fuera la contraimagen del amo aborrecido y que pareciera reunir, más bien, los atributos morales y hasta físicos del hombre ideal del cristianismo.

Por esto, se vuelve imprescindible decir algo siquiera sobre los aspectos mítico-simbólicos del velasquismo.

LOS CONTORNOS DEL MITO

De Velasco “profeta” y “apóstol” guardamos recuerdos muy precisos, que no pueden desprenderse del impresionante repiquetear de campanas que, mezclado a los ensordecedores vítores, constituyó el fondo sonoro de su triunfal arribo al Ecuador, en mayo de 1944. Magro y ascético, el caudillo elevaba sus brazos, como queriendo alcanzar igual altura que la de las campanas que lo recibían. Y en el momento culminante de la ceremonia, ya en el éxtasis, su rostro también, y sus ojos, su voz misma, apuntaban al cielo. Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto las palabras como la *mise en scène* destacaban un sentido dramático, si es que no trágico, de la existencia. Comprendimos, entonces, que esas concentraciones populares eran verdaderas ceremonias mágico-religiosas y que el velasquismo, hasta cierto punto, era un fenómeno ideológico que desbordaba el campo estrictamente político.

En efecto, ¿no serán los detalles brevemente reseñados, indicios inequívocos de la explotación de una simbología de estirpe religiosa? ¿No será la figura distante y austera del mesiánico caudillo, el correlato de la del ascético Cristo en el subconsciente del subproletariado ecuatoriano? ¿No habrán identificado así, al Hombre, esas masas de ex campesinos desamparados que, como luego se verá, jamás exigieron a Velasco palmadas en la espalda ni sonrisas coquetas, sino únicamente que jugara a comprenderlas y a sufrir?

Velasco no ha sido solamente el “profeta” del subproletariado, más bien su sacerdote supremo. En 1933, él mismo escribió: “La profesión especial del clero [...] es elevar a los humildes indicándoles la trascendencia del racional destino”.²⁹ Tres dé-

²⁹ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 26.

cadavés más tarde, un periodista nos lo describe desempeñando estrictamente ese papel:

Hace pocos minutos yo había visto, en esa misma casa, llorar a sus partidarios. Él les había hablado con acento patético, crispando las manos. “La tierra es demasiado pequeña para el ser humano... Él viene del cielo. Vuela hacia el cielo”.³⁰

Indicarles “la trascendencia del racional destino”, he ahí la primera cosa que Velasco ha hecho con nuestros marginados. Ha sabido hablarles del “paso triunfante de tu dirección sublime hacia el insondable mar de lo bello, de lo integralmente justo y lo profundamente humano”,³¹ y estas frases huecas, demagógicas para otros sectores sociales, han impresionado a esta gente desamparada, ansiosa de sentirse integrada a la sociedad y de reivindicar aunque sólo fuera una abstracta “dignidad humana”. Rescate subjetivo, ideológico, pero de gran impacto entre aquellos olvidados que alguna vez declararon a un investigador que en Guayaquil no tenían más protección que la de Dios, la Virgen y “una señora del barrio Urdesa que regala plátanos”.³²

Por lo demás, y explotando el modelo “paternalista” de la religión y de las prácticas rurales tradicionales, Velasco ha procurado encarnar también el papel simbólico de padre de nuestros marginados. Declaraciones como la siguiente dejan poco lugar a dudas sobre el particular: “Usted es el padre de los pobres y los desamparados... y por tanto nuestro padre; de ahí que nuestras esposas lucharon por usted en la campaña electoral”.³³ Frases pronunciadas por un policía, en el momento en que Velasco desbarataba una huelga de éstos amonestándolos, precisamente, como un indignado padre.

³⁰ *El Tiempo*, Quito, 7 de agosto de 1966.

³¹ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 53.

³² Javier Espinosa, *Aculturación de indígenas en la ciudad de Guayaquil*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965, p. 22.

³³ *El Comercio*, Quito, 5 de enero de 1969.

Figura paternalista, pues, pero de padre chapado a la antigua. “Usted sonríe poco, ¿por qué?”, le preguntó un periodista. “Comprendo el dolor de los hombres”, contestó lacónicamente el entrevistado.³⁴ Y es cierto que, fiel al papel dramático que se ha impuesto desempeñar, el caudillo sonríe rara vez.

Ascético en sus costumbres, la iconografía popular lo ha consagrado como el hombre que no fuma ni ingiere licor. Severo en su vestir, ni siquiera el calor del trópico consiguió hacerle abandonar su traje oscuro en la reunión de presidentes americanos en Panamá, hace algunos años. “Magro y austero como un cura de aldea”, como lo retrató entonces la revista *O Cruzeiro*.

Su panegirista Raúl Touceda anota que “tanto en invierno como en verano —quién sabe por qué pudor personal— usa chaleco”.³⁵ Y mal podríamos imaginar a Velasco trivializándose a la manera norteamericana en sus campañas electorales. A sus partidarios les extiende, cuando más, su huesuda mano; del resto, se mantiene siempre distante, circunspecto, rodeado de un hábito de extracotidianidad. Un periodista llegó a afirmar, por esto, que es imposible suponer a Velasco en la silla de un lustrabotas o en el sillón de una peluquería.³⁶

En cuanto a la pobreza del “profeta”, ella también ha sido elevada a un plano mítico, o por lo menos colocada en el nivel de una leyenda que empieza con el relato de una anciana que aseguraba haberlo visto volver de su primer exilio con el mismo vestido con que partió, y termina con la afirmación del propio Velasco en el sentido de que, pese a su amor por las piezas trágicas y dramáticas, se privó de verlas en el Teatro Colón de Buenos Aires, debido al alto costo de las entradas.

Y sus turiferarios no dejan de insistir en detalles como éstos: que salió “desterrado a la República de Colombia sin un centavo en los bolsillos”, o que en 1947 “cae de nuevo del poder y lo

³⁴ *El Tiempo*, Quito, 7 de agosto de 1966.

³⁵ Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, op. cit., p. 16.

³⁶ Cfr. Luis Monsalve Pozo, “Introducción”, en *Estudios filosóficos de José Peralta*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1961, p. 1.

expatrian a la Argentina en la misma insolvencia económica de antes”,³⁷ situación que le obliga a vender hasta sus medallas y condecoraciones.³⁸

Naturalmente, Velasco ha explotado al máximo esta leyenda. “Yo soy tan pobre como vosotros y quiero quedar siempre pobre, para no amar otra cosa que el ideal y el combate por el ideal”,³⁹ dirá y repetirá al pueblo, asegurándole: “No busco nada para mí. No busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener el alma revolucionaria”.⁴⁰

Cultiva, pues, una imagen de desapego y renuncia a los bienes de “este” mundo, y a su ascetismo físico y moral, de cuño evidentemente religioso, añade la garantía de una “naturaleza” inmutable, que lo abriga de cualquier contingencia social. “Yo no os he de traicionar moralmente. Es imposible por mi temperamento. En esto no hay mérito alguno, porque mi temperamento es así”,⁴¹ afirma, y en repetidas ocasiones ha manifestado que no puede dormir más de cuatro o cinco horas diarias, porque su “naturaleza” se lo impide.⁴²

Ser natural y no social, Velasco se yergue entonces, invulnerable, en el ciclo de su mitología. Ubicado en sitial tan alto, ni siquiera le son imputables las inmoralidades o errores cometidos durante sus administraciones: de tales debilidades “humanas” sólo pueden responder sus “malos” colaboradores.

En realidad, el único papel verdaderamente “profano”, de hombre de carne y hueso, que el pueblo haya atribuido a Velasco, es el de *doctorcito*. Es decir, el de letrado. Mas no cabe olvidar que tal papel está revestido en nuestro país de un contenido simbólico especial.

³⁷ Jorge Rivera Larrea, *Veinte y siete años de velasquismo*, Quito, Editorial Santo Domingo, 1960, pp. 24 y 16.

³⁸ Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, op. cit., p. 6.

³⁹ Discurso del 17 de noviembre de 1945.

⁴⁰ Discurso del 11 de julio de 1945.

⁴¹ *El Comercio*, Quito, 5 de agosto de 1944.

⁴² Cfr. *El Comercio*, Quito, 6 de junio de 1968, por ejemplo.

Los libros, las letras, la escritura se ofrecieron y se ofrecen al aborigen ecuatoriano como un componente importante de la magia extranjera. La Biblia del padre Valverde fue la magia negra que secretaba muerte. El misal, con sus efluvios esotéricos, sigue siendo un continente cargado de admoniciones, ilusión y misterio. El papel sellado, es un vaticinio siniestro.

Pero junto a esto existe también la magia blanca de las letras; la del Código del Trabajo o la Ley de Reforma Agraria, para citar dos ejemplos. Y es precisamente el “doctorcito” el encargado de convencer a la población dominada de que allí, entre tantos modernos jeroglíficos, está la Justicia.

Velasco ha desempeñado, pues, el papel de profeta, sacerdote y padre de nuestros subproletarios, y además el de su “abogado”. Ha sido la figura simbólica tutelar que les ha permitido tener la ilusión de incorporarse a una sociedad que los marginaba y que, después de cuarenta años de velasquismo, los sigue marginando. Ha sido, en suma, la máscara más sutilmente ideologizada de la dominación.

Aun el tan mentado “nacionalismo” de Velasco debe ser interpretado en este plano, ya que no ha consistido en una posición doctrinaria coherente, capaz de producir efectos objetivos. Apenas si es un abstracto sentimiento de orgullo “patrio”, ubicado, como lo confiesa el propio caudillo, en el “interior del hombre”.⁴³ Verbalismo demagógicamente rentable, sin embargo, en la medida en que ha contribuido a que el subproletariado tenga la sensación, ilusoria por cierto, de incorporarse a la “comunidad” nacional también por ese camino.

PARA CONCLUIR

He aquí los aspectos más relevantes del velasquismo, fenómeno que ha impuesto su marca aparentemente original a la política ecuatoriana durante los últimos cuarenta años. Como hemos tra-

⁴³ Discurso del 28 de mayo de 1945.

tado de demostrarlo a lo largo de este estudio, no es cuestión de un simple fenómeno de caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino de un hecho complejo, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana.

Esta particularidad, claro está, debe ser definida en primer término por la situación de dependencia, sin la cual resulta imposible explicar un fenómeno político que, como el velasquismo, nace precisamente en el momento en que la gran crisis del sistema capitalista mundial sacude la frágil estructura de una sociedad articulada a él a través del sector agroexportador, predominante en la formación interna de nuestro país. Pero también cabe recalcar que aquella crisis, que de hecho implica un relajamiento temporal de los vínculos con la metrópoli, no significó para el Ecuador una oportunidad de iniciar el “despegue” industrial ni mucho menos, sino que tuvo por efecto la acentuación de ciertas contradicciones internas específicas, originadas en la profunda heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana.

Dada la importancia que aún seguía teniendo el modo de producción servil a nivel nacional, fueron las fuerzas sociales arraigadas en él las que resurgieron en el primer plano de la escena política al amparo de la crisis de 1929. Así que el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso de los populismos argentino y brasileño, sino como una fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa y, en otro plano, como un medio de manipulación de unas masas predominantemente *subproletarias*. Después, el velasquismo continuó desarrollándose como factor de equilibrio precario entre los intereses de una clase dominante, en su conjunto débil y fraccionada hasta el extremo, a la vez que como expresión completa de aquel fenómeno de “marginalidad”, consecuencia inevitable, tanto de la crisis y avatares del modo de producción capitalista predominante, como de la conflictiva articulación de éste con la economía mundial y con los sectores precapitalistas nacionales. Por ello, aun a nivel

ideológico, el velasquismo representó una combinación de elementos estructurales heterogéneos, amalgamados al calor de una demagogia mistificadora.

Ligado a un momento preciso de nuestra historia, es natural, entonces, que el velasquismo entre en su zona crepuscular por razones que van más allá del agotamiento personal del caudillo.⁴⁴ Esta forma sutil de perpetuar al menor costo social las condiciones político-ideológicas de la dominación, agoniza no solamente en función de la elevación del nivel de conciencia de las masas, sino de la extinción histórica de la coyuntura que lo engendró.

⁴⁴ Velasco Ibarra falleció en Quito, el 30 de marzo de 1979, a la edad de 86 años.